

de opuestas...
el...
...
...

LA EUCARISTIA EN LA OBRA DE JUAN DE JUANES

AHORA que ha llegado el tiempo de la madurez del año, y el oro de las espigas campesinas va a tener una réplica esplendorosa y sagrada en el oro de las custodias que

v destellos vivísimos de una fuerte personalidad creadora. La Eucaristía es el asunto que, probablemente, más se repite en dicha obra. Mas ¡cuán lejos de la primitiva



fulgen hoy bajo el sol del Corpus, evocamos figura, genio y obra de Juan de Juanes, el pintor valenciano de los dulces y majestuosos Cristos eucarísticos.

Más cómo habremos de considerarle? Juanes debió ser, ante todo, un hombre piadoso entregado a una vida de ininterrumpida devoción. Esto por lo que hace a las más hondas raíces de su espíritu, que el Renacimiento no había logrado poblar de ensueños mitológicos ni de inquietudes profanas. Ahora bien; Juanes fue al mismo tiempo un pintor netamente renacentista y mediterráneo, enarmonado de la opulencia de color y de la suave plenitud de las formas; un pintor, también, que había aprendido ya a equilibrar las masas, a depurar la técnica con la positiva heredad del gótico y a inundar una saludable y moderada decoración a los conjuntos.

Quedaba, atrás, en efecto, el gótico con su invencible propensión al simbólico y su singular visión de la perspectiva y de la composición. Juan de Juanes rompe con los últimos vestigios de todo ello y hermana, de un modo sólido y definitivo el ancestral espíritu religioso con la nueva dialéctica pictórica. Su obra se nutre casi exclusivamente de temas piadosos, aunque abordados con un estilo peculiar en el que hay ecos de la renacentista pintura italiana

iconografía eucarística, perpetuada en Juan de Juanes empieza por abordar el tema en el momento más propicio

JOSE OMBUENA



a una solemne plastificación, esto es, cuando Cristo instituye, en la última Cena, el Sacramento eucarístico. Los Apóstoles se arraciman en torno a la figura de Jesús que con un gesto, de autorosa soberanía, centra la escena. Ante Él, el Santo Grial o un cáliz, y el pan de la consagración. En los rostros de los Doce, un devoto estupor ante el misterio.

Uno de los «Cenáculos» de Juanes, el conservado en el Museo del Prado, es una muestra de maravillosa pintura renacentista, cuyos méritos no se ensombrecen ni aun con el recuerdo, casi ineludible, de la «Cena» de Leonardo de Vinci.

Sólo por él podría pasar nuestro glorioso pintor como uno de los artistas más sensibles a la impetuosa sugestión de lo eucarístico; pero aun presentía ese rasgo con mayor vigor y persistencia en su continuada producción de imágenes del Salvador en las que Este aparece desglosado de la escena del Cenáculo, sobre un fondo do, rado o neutro, y mostrando una Hostia entre sus dedos, mientras parece pronunciar, las sacramentales palabras: «Hoc est enim Corpus meum». Esta imagen de Cristo, prodigada por Juanes, constituye hoy todavía un tópico de la iconografía religiosa y la más alta cima alcanzada por la pintura sobre tema eucarístico.

He aquí por qué es oportuno evocar, en este día de Corpus, la figura, el genio y la obra de uno de los más gloriosos pintores de la escuela valenciana.

SUPLEMENTO AL NUM. 338 DE JORNADA. — CORPUS CHRISTI DEL AÑO 1944



amor para generar razones. Aquí, donde se ha reconocido la realce del Verbo encarnado con todas las formas rítmicas y puras de la piedad popular, ha querido el Señor depositar la más preciada reliquia eucarística: el Santo Cáliz que cantuvo la sangre de Jesucristo en la primera consagración. El privilegio de guardar prenda tan valiosa obliga a mucho y no sería Valencia digna de sí misma, de su tradición y de su futuro si al favor milagroso no correspondiese con el rendido agasajo de su fe.

Valencia, demasiado bella, demasiado rica, demasiado aseQUIBLE al halago y al asallo, es requiebrada por sus heterotaxias, por su luz, por sus flores y sus industrias; en general, por todo lo exportable, por todo lo menos espiritual e intransferible. Sin embargo, Valencia tiene un recinto cerrado donde guarda los mejores valores de su ser; aquellos que la hacen inmortal.

La grandiosidad del Corpus valenciano no se pregona con cánticos ni se exhibe al forastero importado en breves estrepitos. La fiesta del Corpus es regia, máxima, solemne, pero no puede ser compartida. Valencia, ostentando al Señor en carne y sangre, revestido de la materia en que sufrió por nosotros la pasión y la muerte, se siente toda ella una custodia privilegiada.

En este día magnífico, cuando la ciudad ya huele a mirto y a juncia madrugadora, JORNADA evoca en las páginas de este suplemento la devota tradición del Corpus valenciano.

SEA POR SIEMPRE ALABADO Y REVERENCIADO EL SANTISIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

VALENCIA tiene a gala el ser la ciudad española de más acendrada tradición eucarística. Al altísimo Sacramento, en el que Dios se da a los hombres, rindiendo nuestra tierra el tributo ferrososo de una piedad que abarca todas las formas del homenaje, desde la oración ardiente del espíritu escogido, hasta el verso y el canto en que expresa el pueblo su convicción entrañable, y hasta las piedades insignes de un monumento único, consagrado a la veneración y a la gloria del Cuerpo sacramental de Jesucristo.

El Corpus valenciano lleva sobre sí una vieja nomenclatura que resuena en las crónicas y extiende noble preza sobre los biasones de la ciudad. La fiesta traduce a solemnidad la piadosa efervescencia de las almas. El Misterio sacramental de la transubstanciación, se trueca en evidencia a los ojos de la fe viva del creyente. Explicar la presencia divina en carne y sangre, a quien la ha experimentado en el transporte de la adoración, es como convencer de la luz del día a quien en ella inunda sus ojos. La justificación apologetica del dogma, la especulación sobre el milagro más grande del divino Amor, cae fuera del ámbito en su veneración al Santísimo. ha desentrañado el misterio y transmitido en axioma patente el dogma definido. Por algo la fe germinada en la profundidad del espíritu es más esclarecedora que la convicción que da la lógica humana. La grandiosidad del Corpus valenciano da la medida del fervor con que la Majestad de Dios en el Santísimo Sacramento ha sido percibida y venerada.

De la constancia intensidad de la devoción valenciana a la Eucaristía, podría deducirse que no hay nada como el

Y SUS RELIJIOS POPULARES

El título que encabeza estos párrafos parece indicio de un trabajo doctoral. Pero no lo es; en primer término, porque a un diario no se debe traer la densidad de un estudio profundo; en segundo lugar, porque un estudio profundo sobre esta o la otra materia, no está a la mano de cualquiera, y finalmente, porque el tema expresado en aquellas palabras titulares indica cierta complejidad, como puede advertirse con sólo pasar la



EL VIATICO EN LA HUERTIA

Así, pues, solamente cabe recoger aquí unas notas más o menos inconexas, pero desde luego indicativas de que manera la preocupación eucarística prendió a través de los tiempos en los habitantes de Valencia. No se trata, no, de quienes recibieran el Santo Cáliz de la Cena y supieron conservarlo con un culto tan respetuoso que tal vez por ello no se manifestó al exterior con determinadas resonancias. Tampoco se trata, tampoco, de espíritus serenos como el Patriarca que erigió un Colegio del Corpus Christi ni como los pintores que fijaron perdurablemente el símbolo de la transubstanciación. Se trata de... Pero, en vez de explicarlo apuradamente, será más práctico exponer aquellas notas. * * *

de y extiende a cuatro pasos de la capilla. A su vez se alarga el cauce, generalmente sin agua, que es el barranco de Carraxel. Cuentan las crónicas que allá por el siglo XIV, el cura de Alboraya hubo de llevar el Viatiko a un enfermo de Almacera, que a la sazón era una aldea dependiente de su parroquia. Extraordinariamente, el barbero iba repleto de agnitas propofertes, que derribarían al sacerdote cuando intentaba franquearlas. Con ello, cayó la arguilla al torrente y se perdieron los Hostias. ¡Oh!, exclamaban temerosos los labradores que se enteraron al instante. ¿Que hacer? Iban de acá para allá, recorrian las riberas, sondeaban el canal, practicaban todo linaje de expedientes. Pero no obtenían el resultado que era su anhelo. Por fin, dos labradores que se habían llegado hasta el mar vieron que un par de peces asomaban sobre las liras portando en la boca sendas Formas consagradas. Las cuales fueron recogidas solemnemente por el cura. Y de generación en generación ha venido transmitiéndose la memoria del portento, que todavía se celebra anualmente.

Pero, queriendo llegar a las honduras populares de Valencia, nada más oportuno que pensar en los gremios, aquellas instituciones laborales que se salían en activa presencia durante toda la vida ciudadana entre los siglos XIII y XIX. Gremio señalado entre los gremios era el de Curtidores. Llamados «blanqueros» en expresión vernacula que ha ascendido y permanecido en la onomatástica personal. Ya en los tiempos inmediatamente posteriores a la conquista de la ciudad por Don Jaime I de Aragón intervinieron los de dicho oficio en el gobierno municipal. Para el trabajo tenían su residencia en el lugar que todavía es conocido hoy por el nombre de las Blanquerías, o sea a partir de las Torres de Serranos hacia el Occidente. Había allí una serie de edificios bajos de techo y de piso que albergaban las pías donde unos hombres semidesnudos, de oscura reciedumbre trabajaban, en ambiente de olores acres, las pieles de toro, así como las de buey y becerro; las pieles de macho cabrío para obtener cordobanes; las pieles de cabra y cabrito para conseguir cabritillas, etcétera. Y, cuando llegaban grandes solemnidades cívicas o religiosas, aquellos trabajadores abandonaban los obradores labregos, vestíanse con el indumento más galano y allá se iban a disfrutar del acontecimiento y a prestarle relieve al mismo.

No sólo cuando se trataba de fiestas, ¿eh? Que los curtidores respondían asimismo con entusiasmo cuando les llamaba a la guerra. Y así se demostró cuando lo de Torreblanca... Torreblanca era una población que

Sus personajes aún figuran en la Procesión



Lope de Vega predominará el ínfimo, la religiosidad sencilla y profunda, el elemento dramático; en Calderón, cumbre del género, la profundidad teológica, la grandeza de concepción, la fastuosidad escénica. Con la decadencia de los valores espirituales decaen los autos sacramentales, duramente atacados por los incomprendidos galileístas del siglo XVIII, recibiendo el golpe mortal con la prohibición de 1765. Valencia es uno de los lugares que más se distinguen en el esplendor de la fiesta y con la representación de autos que aquí se llaman «entremeses». Celebráranse éstos sobre los carros llamados «rocas», sobre cuya plataforma se elevaban grupos alusivos a esas cenas bíblicas o de Santos. A fines del siglo pasado todavía se representaban tres de estos autos: el «de San Cristóbal», el «del rey Herodes» y el «de Adán y Eva». El más antiguo, el de San Cristóbal, es delictosamente ingenio y primitivo, el gigante, sencillito, que soporta, sin demasiado esfuerzo sobre sus hombros a los que quieren pasar el río, para, con esta penitencia, salvar su alma, no puede apearse a llevar al Niño Dios.

«¡amary portí infant que tant pesàs Com lo bingul en mon coll. Par que tot lo mon portàs.» Los del rey Herodes, y sobre todo el de Adán y Eva, ofrecen una mayor complicación que denota una época más tardía. Los tres son restos de una abundante floración literaria valenciana, tan fuerte, que sólo durante el siglo XVII pudo ser vencida por los de Lope, Mira de Amescua y Calderón. Al terminar el siglo vuelven a representarse los autos valencianos. Hoy se ha perdido la bellísima tradición, quedando tan sólo recuerdos de ella, ya desligados por completo de su pasado para la mayoría de las gentes, pero que despiertan nostálgica tristeza en los que lamentan lo irreparable de su pérdida; los carros de las Rocas, la más popular la «Diablenza»; la Moira, rodeada de los pecados capitales; las figuras bíblicas de la procesión, con José parando un sol metálico

que coge cuidadosamente con un pañuelo para que no lo oxide el calor de la mano; el «Agüello del colomel», lembón y caduco, agarrando fuertemente la paloma que envió desde el Arca; las mujeres de la Biblia; los «retrabajos», cargados de enormes cetros; las agnitas doradas, representación del evangelista San Juan; los doce Apóstoles, etcétera. Todo ello ha perdido su perfume; es casi una forma vacía de contenido. Pero donde se ha ceboado el paso de los siglos es en la «Degollada» el grupo humillado y agresivo que figura con un sentido magnífico del humor el momento trágico de la muerte de los inocentes ordenada por Herodes, que alborotaba haciendo huir con sus «carxols» a los espectadores, desfilando



CAROLA REIG.

LA VALENCIA EUCARÍSTICA

LA incorruptible y magnífica gracia litúrgica del Patriarca, el fervor eucarístico singularísimo de nuestro Real Colegio y Capilla de Corpus Christi, se ofrece a la distinguida piedad de todo el mundo ca. aun al asombro devoto de todo el mundo católico— como un Mediterráneo con renovada capacidad, también, de ser descubierta. Pero a esta espiritual empresa podemos llegarlos con el lúcido entendimiento del teólogo o con el entusiasmo militante del marino, con los barnices y la paleta del pintor o con la emoción y el rapto del poeta. En nuestro caso concreto, agradeceríamos mucho la atención minuciosa y el fino olfato de Miró, su prosa rutilante y hasta mareadora, porque lo que así, de repente, podamos decir de la fábrica y el culto del Patriarca habrá de tener forzosamente más de sensación que de idea, más de recuerdo perfumado, que de rigurosa erudición.

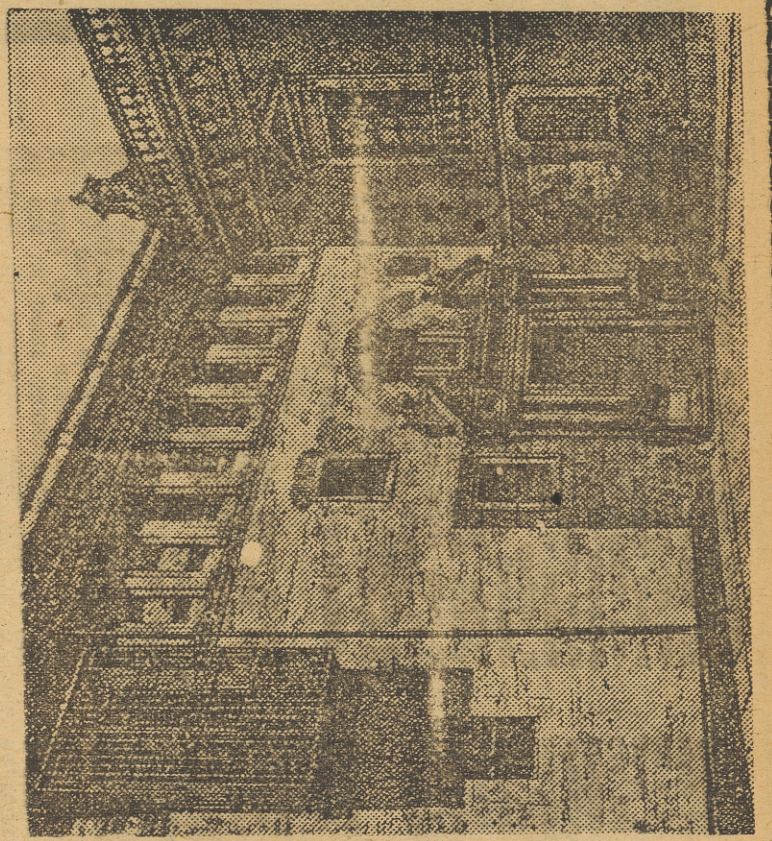
El humo y el tufo de mi relato, sin garbo y aun sin decoro, dará, eso sí, pronta noticia de una combustión, más o menos imperfecta, pero que lleva abrasándose el pecho desde los mismos años de la infancia; una combustión envuelta en la ceniza de los años, que se aviva con una leve rúbrica en el braserillo; el Sacramento del Altar, prendida en mí por los mismos carbones de los incensarios del Beato Juan de Ribera. Colegial de beca, o simplemente, uno de los "seis infantes", no es posible, si se ha vivido en el Real Colegio y Capilla de Corpus Christi, preservarse de los rayos mecos del Col eucarístico: de su actividad, también, simultáneamente luminosa, calórica y química.

Os llama primero la atención el famoso dragón del vestíbulo, la peluca nazarena del asistente o "perrero", y las pasadas reverencias y genuflexiones de los sacerdotes, acólitos e infantiles. Si habéis ido a oír Misa, pronto advertiréis sobre la sotana del celebrante, la rozagante loba que impide verle los pies; el notable alíno y polvoso de la celebración, desde los golpes de incensario del acólito en el acto de la consagración, hasta el tiempo y el modo que el sacerdote emplea; el Cáliz y los braserillos con la leyenda del Tíbi post hanc Pili mibi ultra quid faciam del escudo del Beato, bordados en los frontales de los altares y en las casullas. Y si habéis ido en jueves, un jueves cualquiera del año, os habrá maravillado la pompa y el simbolismo ignorado de las ceremonias, desde el ofrecimiento que durante el canto de Nona hacen ante el Santísimo expuesto doce ministros —seis de ellos sacerdotes— de ramos de flores entrelazados con espigas y racimos, hasta la alegría del órgano, el recitado de los nueve alabados, los seis grandes ciales del altar mayor, y el incienso que cuatro sacerdotes ofrecen y que sube más allá del dosel, hasta la misma alegoría del pellicano alimentando a sus polluelos, al que rodean apóstoles, mártires, profetas y otras figuras simbólicas, y que aparece en el medio punto (entre la cornisa y la bóveda).

Pero es estando dentro, habiendo vivido en este Colegio y Capilla del Patriarca, como se os declarará todo el fervor eucarístico que este culto y esta magnificencia encierran. El dragón es símbolo del silencio, y el asistente, además de acompañar a los mi-

nistros, cuida de que nadie penetre en este templo si no va decentemente vestido y cubierta la cabeza de las mujeres con la mantilla; la loba rozagante que viste el celebrante sobre la sotana, responde al intento del fundador de que nada distraiga a los que oran; el Cáliz y los braserillos sustituyen en la fachada del edificio, en los libros, muebles, ornamentos sagrados y prendas de vestir de esta Fundación, a las insignias de los Riber y Enriquez; los doce ramos recordarán el deseo de Salomón de suplir el olvido de su pueblo, haciendo comparecer, siquiera en representación del pueblo todo, un sacerdote de cada tribu, y que aquí simboliza la ofrenda de su mismo sacrificio personal ante el Arca verdadera del Cuerpo de Cristo; y los nueve alabados, el incienso, el órgano y los ciriales, las ceremonias todas, serán el traslado a nuestra liturgia de la significación más alta de los más hermosos pasajes bíblicos.

Hay más, mucho más que admirar en esta Capilla del Real Colegio de Corpus Christi. Los ángeles que cubren los arcos de crucerías; las hermosas cabezas de querubines tendidas con guirnaldas de frutas, uvas y espigas, entre la cornisa y el aquitrabe; los profetas que llenan los espacios entre las ventanas de la gran cúpula; los pasajes pintados en los lunetos; los personajes y las alegorías que llena los medio puntos y enjutas; y estos otros esbeltas y gigantescos ángeles de la bóveda central portadores de redomas, racimos, espigas y cintas con textos del antiguo y nuevo Testamento, son un perpetuo y exultante cántico a la Sagrada Eucaristía. Pero habéis de saludaros diariamente con el "Alabado sea el Santísimo Sacramento", habéis de medir en toda su encendida significación esa previsión que ordena maderas de ciprés y perfiles para los corporales y los asientos, y habéis también muchos días de es-



ADOLFO CAMARA

cutuar en el Refectorio la lectura de las Constituciones para que alcanzáis el entero ultra quid faciam? eucarístico del Beato Juan de Ribera, que es el culto de esta Capilla: "el monumento más grandioso que la severidad de la Liturgia católica tiene en el mundo".

Si dentro de ocho días, en la misma octava del Corpus, asistís a la procesión que en su claustro —el más hermoso de los claustros españoles del Renacimiento— se celebra todos los años, veréis traducida la orden de David a sus sacerdotes, de ofrecer, cada seis pasos víctimas propiciatorias cuando el traslado del Arca santa de Obbedon a Jerusalén, y que aquí son flores de nuestros jardines que dos de los colegiales esparcen de rodillas, cada seis pasos, delante de los sacerdotales que llevan sobre sus hombros el divino y celestial Maná del Cuerpo Santísimo de Jesucristo Hostia.

Otras veces diré del tesoro artístico y de la riqueza en santas reliquias y en archivo de esta Fundación: del prestigio de su coro con más de cincuenta voces; de cómo la noche de España fué el tiempo escogido, como en el misterio de su culto, para convertirla en el "Alcázar místico" de la Patria; de cómo, en fin, el espíritu y la devoción del Beato Patriarca se perpetúa prodigiosamente en sus herederos. Pero quiero afirmar hoy, que si en el altar católico de España correspondiera a esta Valencia del Santo Cáliz y del Primer Congreso Eucarístico Nacional, la categoría de custodia u ostensorio, el Patriarca, el Real Colegio y Capilla de Corpus Christi, es su más noble e íntimo viril, y como tal, la defensa más hermética y pura de un culto sublime, patente en esta Capilla, a la vista del visitante más empedernido.

extendía su albo caserío, dominado por una torre-cella, a breve distancia del mar Mediterráneo, en las costas septentrionales del antiguo Reino de Valencia. Dicho está con ello que se hallaba expuesta a las incursiones de los piratas berberiscos. Cierta día del año 1397 (ó 1398, según determinados textos) se acercó a la dorada playa una galera de la que descendieron hombres de tez obscura, ropas variopintas y fantante feroz. Los cuales se lanzaron en son de guerra contra Torreblanca, donde reventaron puertas, allanaron hogueras, ultrajaron doncellas, se apoderaron de alhajas y cometieron otros desmanes sin cuento. Poco después, hiciéronse a la mar...

La noticia de lo ocurrido produjo consternación al ser conocida, tanto en tierras valencianas como en otras partes. Porque entre los desmanes cometidos por los piratas berberiscos figuraba como principal el robo de la Custodia del Santísimo Sacramento perteneciente a la iglesia de la villa. ¡Oh, abominación! ¡Qué sacrilegio tan nefando! Y ¿qué castigo tan grande merecería el atrevimiento?

No. El Gobernador de Valencia, que lo era don Ramón Boil, decretó de acuerdo con el Consejo general de la Ciudad, una expedición a Berbería. El Papa Luna, que por su naturaleza ibérica tantos motivos tenía para comprender el verdadero alcance de aquella empresa, proclamó la Santa Cruzada. Mientras tanto, Barcelona y Mallorca prestaban galeras para la acción. La ciudad de Valencia armó dos navíos al mando del Justicia de lo Criminal, mosén Jaime Pertusa. Y la bélica convocatoria no fué desoída por los curtidores, por los «blanqueros», que fletaron, aprovisionaron y tripularon otra galera.

Catorce navios blancos flotaban poco después por las aguas verdes y azules, llevando por almirante al Vizconde de Rocaberti. Amigosamente desembarcaron los cruzados en África y con fogoso ardimiento arremetieron contra la ciudad de Fedeliz, de donde procedían los corsarios que habían embestido a Torreblanca. ¡Gran sarraçal! ¡Arroyos de sangre por las calles! Y en la cruentísima pelea encontró la muerte mosén Jaime Pertusa. Pero, finalmente, la victoria, con temblor de palmas y de laureles, fué para los cristianos.

Y dicen viejos papeles que, en el desenvolvimiento de la enconada pugna, hubo un acacimientto preternatural. Cuando el triunfo estaba indeciso, descendió de las montañas próximas un arrogante león que, poniéndose al frente de la hueste cristiana, atacó al agareno que guardaba la Custodia, robada en Torreblanca, lo destrozó horriblemente y entregó la joya eucarística a los bravos curtidores, como recompensándoles por el heroísmo de guerra.

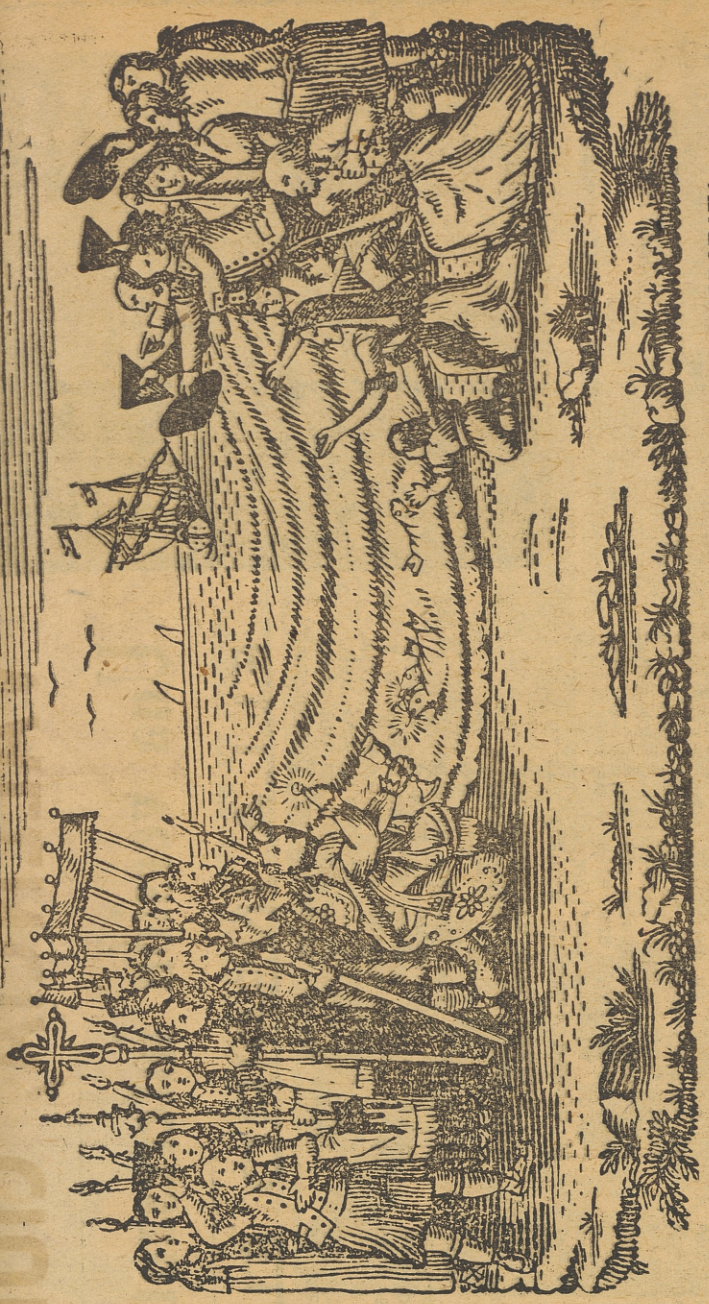
A partir de entonces, el gremio de los hombres que laboraban las pieles tuvo como gala principal de su historia la aventura de Fedeliz. Para percatarse de ello no había más que visitar ligeramente la casa gremial, situada precisamente en lo que antes de llamarse calle se llamaba Muro de las Blanqueras. Era un rincón donde se había inmovilizado la atmósfera de tiempos que pasaron. En un parámetro rematado con balaustrada y espaldado punto que daba a un patio descubierta se abría dovelada puerta de metal, también al aire libre, cuya barandilla tenía al comienzo un león de piedra. Por ella se ascendía al piso único, cuya

estancia principal era la capilla bajo una curiosa techumbre formada a base de las grandes piezas de barro cocido llamadas «socarrats», la mitad de las cuales mostraban, airesamente dibujado, el simbólico león. Al fondo, un retablo...

Durante la pasada guerra quedó arruinada la simpática morada gremial. Algunos de los recuerdos que allí se cobijaban pueden contemplarse hoy en el edificio del Archivo Municipal. Allí hay un fanal de estilo gótico que está consagrado tradicionalmente como trofeo que trajeron los curtidores de su expedición a la morería. Y allí está la pomposa, la espléndida, la rozagante bandera del gremio, como una gran vela de damasco carmesí, en cuyo centro, ricamente bordada en oro y color, destaca una custodia sostenida por dos ángeles, mientras una orla gótica ufanosamente: «La llevamos porque la ganamos».

¡Cuántas veces ha salido la bandera en la procesión del Corpus!... Esta cohorte procesional vibra, por lo demás, en una muchedumbre de reflejos populares que emana la devoción eucarística en Valencia. Sin perjuicio del sentido profundamente religioso y sin menoscabo de las normas litúrgicas en que se desenvuelve, transparencia un júbilo humilde y terruñero en que los personajes y los símbolos llevan nombres castizamente entrañables; muchos de sus elementos dan pie para locuciones incorporadas a la demopeda, y lances de su historia pasan a la literatura, al teatro (que no suele ser literatura...) y a la composición musical.

ALBERTO DE ONDARA



GRABADO ANTIGUO DE UNOS GOZOS SOBRE EL MILAGRO DE ALBORAYA

VALENCIA, CIUDAD DEL SANTO GRIAL

Una versión interesante sobre la leyenda de esta reliquia

ELLA INSPIRO EL "PARSIFAL" DE WAGNER

penitimiento. «El Crepusculo de los Dioses», concebido en período de inquietudes filosóficas, equidistante de «Tannhauser» y «Parsifal», igual que estos, aborda ya el tema de la redención humana, tiene la misma fuente religiosa de toda su producción, constante en el Wagner de treinta años, como en el de los últimos días.

ETIMOLOGIAS Y UNA LEYENDA DE OCHENTA MIL VERSOS

¿Sobre qué fuentes literarias trabajó el genio del compositor, que buscaba en los mitos el ropaje para sus altas ideaciones? Esta vez, utiliza una leyenda que hunde sus raíces en la antigüedad mítica. Dos poetas la habían recogido. El francés Crétién de Troyes, que en 1180 escribe su «Parceval le Galois», y el alemán Wolfram de Eschenbach, autor de otro «Parzival» en 1210. El noble argumento profano en un principio, al cual se unirá después el de «El caballero del Cisne», llega a nosotros desde la Edad Media, gracias a Wagner, transformado en asunto religioso. De esta manera, «Parsifal», opone a la caballería andante de los tiempos del Rey Arturo, esta orden espiritual de los templarios del Santo Grial. El lugar de

su acción es una especie de paraíso terrenal. Allí, en un santuario perdido en la selva, se custodia una reliquia, deslumbrante como símbolo del cielo en la tierra. La guardan los caballeros del templo. Es el Sagrado Vaso Eucarístico, el mismo de la última Cena, aquel en que José de Arimatea había recogido la Sangre del Crucificado. Parsifal, cuya leyenda es una síntesis de los espíritus que habían trabajado en darle forma a través del tiempo, en Oriente y Occidente, tiene una etimología bastante discutida. Nosotros solo apuntaremos que Persch-fal, en árabe, significa el puro. Y que otros habían de Par-Inf-fal y de Per-se-valens, el que se hizo por sí, el que vale de sí mismo. Ya veremos después cómo pudo quedar en España el apellido Percival. También se ha dicho que «Saint-Graal» pudo ser una corrupción lingüística de Sang-Royal, Sangre Real de Cristo, o en fin, «grial»: vaso, según Federico Mistral. En la leyenda, además, figuran otros objetos de la Pasión, señaladamente la lanza con que fue herido Cristo. Wagner, unificado la dispersión del poema de Eschenbach que contenía la belleza de ochenta mil versos, divididos en dieciséis cantos; redujo a seis

sus principales personajes y escribió lo que hoy se diría el «guión» de su drama, que resolvió en tres actos, haciendo claro y preciso, su contenido profundo e intrincado.

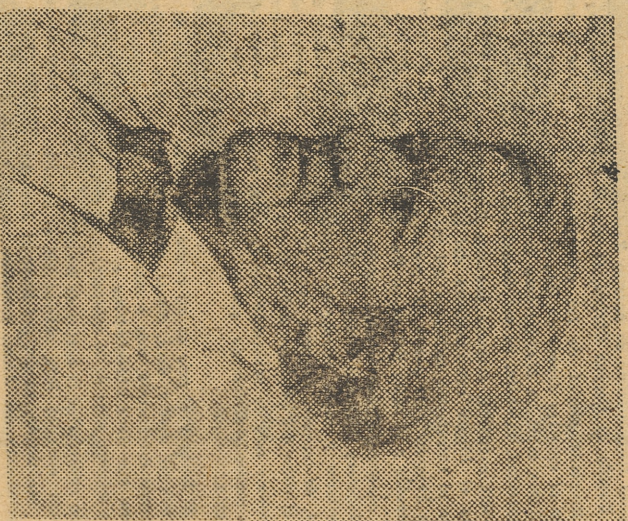
¿SITIO LA ACCIÓN EN ESPAÑA?

Apoyándose en que el ambiente de Monsalvat, evocado en esta obra, tiene el aspecto de las montañas de la España Visigoda, han sido muchos los que, se han esforzado en recabar para sus conarcas el privilegio de los lugares donde se realizó la divina leyenda. Valencia, Huesca y Barcelona, con sus monasterios, van en este pleito. Pero nadie aporta razones de peso o verosimilitud en que fundamentar sus pretensiones. Sin embargo, hay una versión interesante. La de don Antonio Bosch Ucelay que otorga la prerrogativa a una montaña del Pirineo ampurdanés. Según la narración de que se sirvió Wagner, unos caballeros celtibios, trajeron de Roma, para que no fuera profanado por el invasor que amenazaba sus puertas, el Santo Grial, cuya veneración se impulsaron, y en un punto de la vertiente meridional del Pirineo occidental, fundaron un templo donde se depositó la sagrada reliquia. Este templo se hallaba al pie de un castillo, el de «Mons Salvator», que en el arte de Lohengrin se transforma por con-tracción: «in seconscuita terra, havi un castel, che ha nome Monsalvato». En uno de los valles de la misma vertiente, en otro castillo, moraba el mago Klingsor, enemigo de Monsalvato, quien con la hermosa Kundry—extraña criatura, complejo personaje wagneriano, angel y demonio—y una corte de damiselas, que hacían del palacio un Edén, pretendieron corromper al casto e inocente Parsifal, como lo habían hecho ya con el jefe del castillo cenobita, cuya perdición con toda su Orden del Grial, se proponían los de Klingsor.

UNA SELVA Y LA HISTORIA

La frondosidad de la primera, situada en el paraje que se ha dicho, se atestigua en documentos antiguos y en el eufónico nombre de dos pueblecitos del valle: Selva de Mar y Puerto de la Selva. De la segunda, hablan los cronistas de Cataluña. Puñadas, Guter y Fontseré. En el año 610, gobernando en Oriente el rey Focas y dirigida la Iglesia por Bonifacio IV, ante la amenaza de invasión de Roma y con el temor de que el objeto de los asaltantes fuera apoderarse de sagradas reliquias del Cristianismo, convocó a concilio para pedir consejo ante un caso de tanta gravedad. Se acordó que fueran trasladados los objetos sagrados, por hombres de confianza, a lugar seguro. En solemne procesión, el Santo Grial, se condu-

jo a una nave anclada en el Tiber. Luego, río abajo, favorable, navegaron hasta la costa norte de Cataluña, desembarcando en el puerto de Rossas. Tras corto descanso, subieron por la montaña de Verdera, y en lo alto, en una cueva, junto a una fuente, edificaron una ermita y depositaron la reli-



W A G N E R

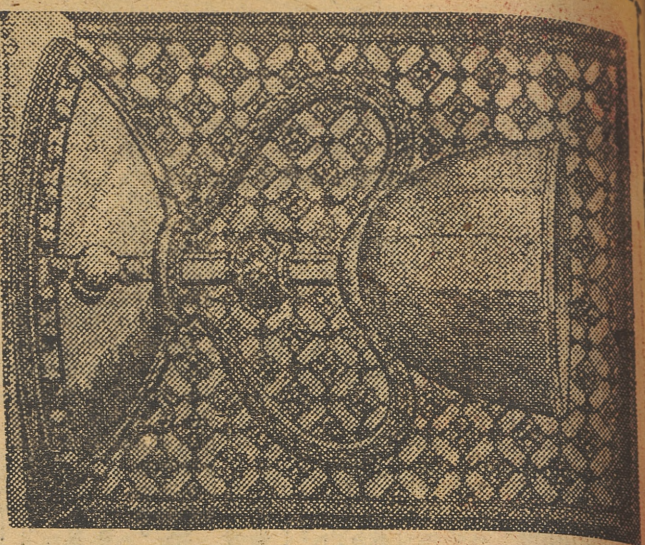
guita. Con el tiempo, la modesta comunidad, había de ser cenobio arrogante y señorial. En la cuspide del monte y a guisa de protección, se elevó un castillo. El de «San Salvador».

¿No son muy parecidas, historia y leyenda? Pues aún no acaban las analogías. En un valle próximo, existe otro castillo, hoy en ruinas, en el que habitaba una hermosa y disoluta dama, que después de llevar vida licenciosa como la Kundry de Klingsor, arduo vagando por el mundo, pobre y haraposa, con la añoranza del bien perdido. Finalmente, pueden comprobarse todavía, en el llano de Castillo de Ampurias, vestigios de lagunas en las que se criaban aves del orden de las palmpedas. En ellas pudo Parsifal matar al cisne suponiéndole águla, por cuya acción le reprendió el anciano Gurnemanz, quien, al ver a aquel joven tan candoroso y arrepentido, tuvo el presentimiento de que fuera el predestinado a destruir el maléfico que por el pecado pesaba sobre los caballeros del Grial.

NO SERIA PEDIR MUCHO

Leyenda o historia, lo contado, o las dos cosas a la vez, lo cierto es que a Valencia, entre todos los pueblos de la tierra, por disposición de la Providencia, y rutas diversas, en tiempos de Alfonso V, vino el Santo Grial. Sería mucho una representación anual con motivo de las fiestas del Corpus, del «Parsifal», inspirado en la leyenda tejida alrededor de la envidiable joya? La ciudad que mereció poseer el privilegio de la Sagrada Reliquia, dando pruebas de su apego a la cultura, exhibiría de paso una muy noble antarquía artística de la que motivadamente puede envanecerse.

F E D E R I C O

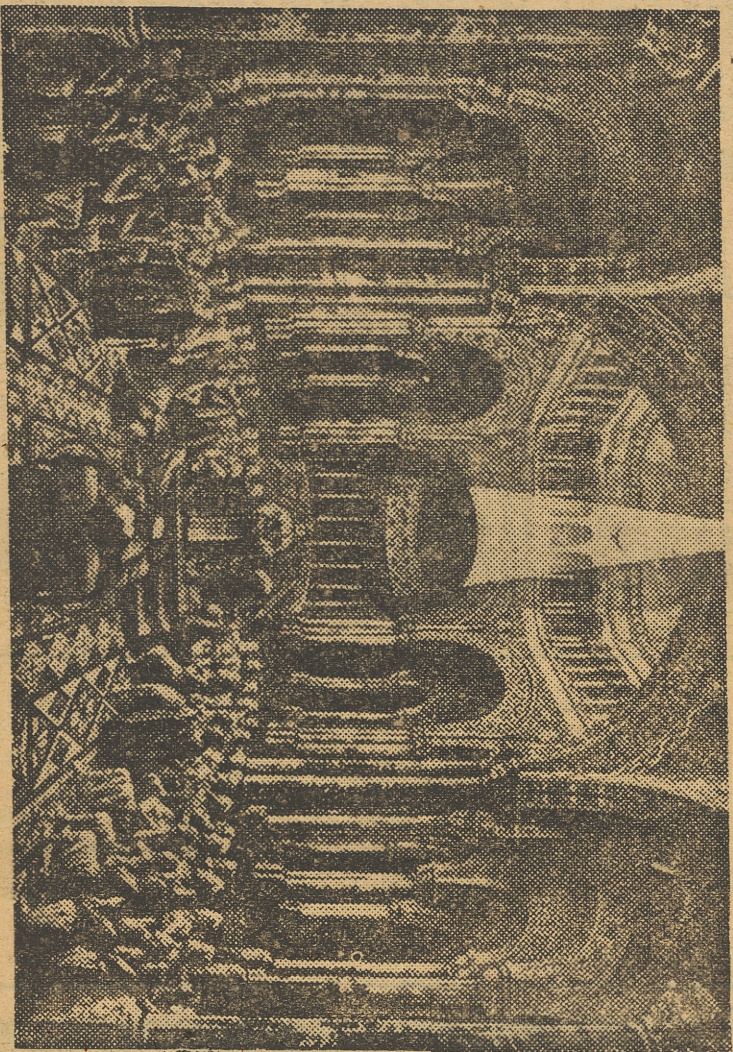


Un grabado antiguo del Santo Grial

DECIDIDAMENTE, no hubo manera en este caso de acordar voluntades. Se trataba de montar una representación del «Parsifal» que es el «Parsifal». Lanzada hace algún tiempo la idea, para los fines de la campaña pro Custodia de la Catedral, donde se venera el Santo Grial, se necesitaba poco para realizarla con suficiente esplendor: el concurso de unos cantantes, la Orquesta del Municipio, la Coral Polifónica Valencina y el apoyo indispensable para la escenografía. Pero repitamos, en tono lamentoso, ante la general indiferencia, que, decididamente, no hubo, no parece haber manera...

AMMA SENCILLA Y AMOR DE REDENCION

Eso es Parsifal, el protagonista de la ópera que materializa en la escena un ideal artístico inspirado en los misterios de lo Infinito. Chenta Neumann, el empresario de Wagner, que su estreno en Bayreuth el 13 de enero de 1882, fue un acontecimiento de la expectación—dice—era algo imponente. Me siento incapaz de describir la impresión que dejó en el público, preso de una conmoción profunda, como la del sentido de asistir a un majestoso oficio divino». Al año siguiente, moría el genio latido de proyectar las bodas entre el genio latino y el germanico. Lohengrin, hijo de Parsifal, había de ser el heraldo de ellas. No pudo realizar su idea, pero nos legó con esas dos obras, el ciclo de las inspiradas en «Los Caballeros del Santo Grial», que celebran su rito ideal de amor y gloria al Maestro y Suo Rey, con la palabra de su poesía y la luz de su espíritu. Para Wagner, arte y religión, participan de la misma insaciable aspiración humana a la eternidad. Su concepto de un teatro de ideas, contrario al teatro-distracción, le llevó, naturalmente, a destilar las esencias íntimas de lo religioso universal. Su última ópera no es un arte-



UNA ESCENA DE «PARSIFAL»